

17839

AZULINA.

Toie Rodriguez

1059

(76)

L47 - 6802

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

EN UN ACTO.

Una coincidencia alfabética.	Un Milord de Ciempozuelos.
Un animal raro.	Americanos de pega.
Lo que le falta á mi marido.	Pedro el Veterano.
Al borde del precipicio.	El retrato de Macaria.
Dos y tres... dos.	¡El demonio de los Bufos!!!
Aurora de libertad.	La comedianta Rufina.
Una casa de fieras.	El impuesto de guerra.
¡El mundo en un armario!!	Dos cómicos de provincias.
La venida del Mesías.	¡Viva la Paz!
	Carrauca!!!

EN DOS ACTOS.

Una conversion en diez minutos.	¡El Teatro en 1876!!
Un liberal como hay muchos.	El príncipe Lila.
El Can-cán.-¡Atrás, paisano!	Satanás II.
Setiembre del 68 y Abril del 69.	El Diamante negro.

EN TRES ACTOS.

La Almoneda del diablo.	Desde Cères á Flora.
La paloma azul.	Los amores del diablo.
La espada de Satanás.	Vivir al día.
El laurel de plata.	Azulina, zarzuela.
La azucena del prado, zarzuela. ¹	

PIEZAS BILINGÜES.

De femater á lacayo.	Zapatero... á tus zapatos.
Les eleccions d'un poblet.	L'agüelo Patillagroga.
Un rato en l'hort del Santíssim.	Nubolaeta d'estiu. ⁴
En les festes d'un carrer.	Carrauca!!!
La mona de Pascua.	La comedianta Rufina.
La flor del cami del Grau.	El que fuig de Deu...
La toma de Tetuan; ² zarzuela.	Adan y Eva en Burchasot.
Dos pichones del Turia, ³ zarzuela.	Doña Juana Tenorio.
La cotorra d'Alacuas.	Arros en fesols y naps.
Telémaco en l'Albufera, parodia.	Dos Adans contra un aserp.
Una broma de Sabó.	La ocasio la pintan calva.
Una paella.	Volantins en Chirivella.
Un doctor de secá.	Chavaloyes.

1 Música de D. Joaquin Miró. 2 Id. Id. 3 Música de D. F. A. Barbieri. 4 Id. del Sr. Nieto.

477-6802

Li 4-5

AZULINA.

ZARZUELA FANTÁSTICA DE GRAN ESPECTÁCULO,

EN TRES ACTOS.

ESCRITA EN PROSA Y VERSO

CON EL PENSAMIENTO DE UNA OBRA FRANCESA,

POR

DON RAFAEL MARIA LIERN,

MÚSICA DEL MAESTRO

DON B. DE MONFORT.

Estrenada con éxito extraordinario en el Teatro del JARDIN DEL BUEN
RETIRO, el 27 de Julio de 1876.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO 18.

1876.

PERSONAJES.

ACTORES.

AZULINA.....	SRA. D. ^a ANTONIA GARCÍA.
CÉFIRO.....	J. FERNANDEZ.
ROSA.....	ELVIRA MASI.
MARTA.....	D. CUSTODIO.
REINA DEL AIRE.....	D. MATE.
ALDEANA.....	M. FERNANDEZ.
ISIDORO.....	SR. D. J. SALA JULIEN.
HURACAN.....	L. CARCELLER.
MATÍAS.....	S. VIDEGAIN.
REY DEL AIRE.....	A. RUESGA.
ALDEANO.....	J. CASTRO.

Aldeanas, brisas, céfiros, diablos, aldeanos, genios del aire, etc.

Los autores envían una expresión de gracias á los artistas que han desempeñado esta obra, por el talento é interés que en sus respectivos papeles han manifestado.

La propiedad de esta obra pertenece á D. José María Moles, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los corresponsales de la Galería dramática titulada *El Teatro Contemporáneo*, que administra D. Eduardo Hidalgo, son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representación en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

José María Moles

Á LA SEÑORITA DOÑA JOSEFINA ALVAREZ.

Recuerdo de antigua, leal y afectuosa amistad de S. S.

Rafael M. Liew.

A LA SEÑORITA DONA JOSEFINA ALVAREZ

Escuela de música, teat y ciencias exactas de B. B.

M. J. de E.

ACTO PRIMERO.

Decoracion de nubes. Un templo en el fondo. Al levantarse el telon aparecen las Brisas en diferentes actitudes, y la Reina sentada en el templo.

ESCENA PRIMERA.

LA REINA y CORO DE BRISAS.

MUSICA.

CORO.

Va la Reina de los aires
á partir.

Vengan Céfiros y Brisas
á gemir.

Venid, venid,
va la Reina de los aires

á partir. (Tristes.)

(Se reunen y hablan en son de murmuracion.)

—
Azulina
la divina,
la preciosa
vaporosa
hoy del reino va á marchar.

Es preciso
pues lo quiso
de la córte,
de su porte
y de todos murmurar.

(Efectos de piano y fortísimo en lo que sigue.)

—
Venid, hablemos
y murmuremos
de lo que vemos
y lograremos...
mas callemos y callad.
Porque si hablamos
y murmuramos
segun estamos
á vernos vamos
desterrados sin piedad.

ESCENA II.

DICHAS y AZULINA.

AZULINA.

No motive duelos
mi partida,
quiero en vez de llantos
alegrías.
Partir á la tierra
me da placer,
oid de mis labios
oid por qué.

(Aproxímanse todas alrededor de Azulina.)

—
I.

AZULINA.

Ninfa de blancas alas,
reina del aire soy,
bellas soberbias galas
lievo do quiera voy.
Sopio del aura pura

nunca de aquí salí.
Leyes de la cultura
voy á aprender allí.
Y más aún
voy á estudiar,
oid, oid,
llegad, llegad.

(Acercáanse las Brisas con gran curiosidad.)

Las inclinaciones
del ser terrenal,
valer y pasiones
del hombre mortal.
Costumbres y leyes
y fueros de honor,
y en pobres y reyes
misterios de amor,
Las inclinaciones, etc.

CORO.

II.

AZULINA.

Siempre de mi palacio
reina y esclava fui,
águila del espacio
quiero bajar allí.
Sóbrame la belleza,
sóbrame el corazon,
fáltame la riqueza
que da la ilustracion.
Y más aún
voy á estudiar, etc.

HABLADO.

REINA.

Me mata esa alegría. (Abrazando á su hija.)
Ántes de que taladre
mi corazon tu ausencia...

AZULINA.

Reina y madre.

REINA.

Aquí del Rey. (Mucha voz.)

AZULINA.

Mi soberano y padre.

ESCENA III.

DICHOS y el REY de los genios.

REY.

¿Qué festeja mi grey con tanto empeño?

(Saludan todos.)

¿Qué perentorio asunto del Estado
tanta urgencia reclama

que no se teme perturbar mi sueño? (Airado.)

REINA.

Es la Reina, señor, la que te llama;

y más que al soberano poderoso

y ántes que Reina, madre dolorida,

hoy acude afligida

al corazón del padre y del esposo.

REY.

Qué deseo en tu súplica se encierra?

REINA.

Que Azulina no parta hácia la tierra.

REY.

Vano será rogar; fuera delito

no dejarla partir: si fuese dable

yo también junto á mí la guardaría,

que gozar sus caricias necesito.

(Inquietud y enojo en la Reina.)

En vano, Reina, contra mí te enojas

y en foso truecas tu mirar amable.

Hoy deberá partir, que así está escrito

en las terribles y fatales hojas

del libro del destino inexorable.

(Afligida la Reina abraza á Azulina.)

AZULINA.

Deja, señora, el angustiado acento,

que en breve á mitigar esos dolores,

hija del aire yo, ninfa del viento,

tendiendo al sol mis plumas de colores,

volveré á la región del firmamento

donde me esperan, madre, tus amores.

REINA.

Hija mía! (La besa en la frente.)

REY.

Cesad, Reina, y señora

REINA. Y cuándo ha de partir?
REY. Dentro de un hora.
REINA. Y bajará á la tierra abandonada?
REY. Dos consejeros llevará, que leales
su mente alumbren y sus pasos guien
para vencer peligros terrenales
cuando su imprevisión el rumbo tuerza;
Céfiro y Huracán son tus mentores: (Á Azulina.)
el ingenio es aquel y éste la fuerza,
y ambos á dos mis súbditos mejores.
AZULINA. Ya deseo partir.
REINA. Hija!
AZULINA. Y os juro
que he de volver aquí, madre divina,
soberana inmortal del éter puro.
REINA. Á mí los consejeros de Azulina.

ESCENA IV.

DICHOS y CÉFIRO.

MÚSICA

I.

CÉFIRO. Juguete y revoltoso
soy el Céfiro sutil,
el amante cariñoso
de las flores del pensil.
Su pureza deshojando
y atrevido seductor,
de su cáliz voy robando
los perfumes del amor.
Le digo al clavel
que muero por él,
y al blanco alheli
«suspiro por ti.»
Ay lo que mentí,
puesto que amo yo!

con la boca sí,
con el alma no.

CORO: Le digo al clavel, etc, etc.

II.

CEFIRO. Yo la imágen soy del hombre
que habla á todos de su amor;
nada importa edad ó nombre
para el hombre seductor.
Mientras tímido suplica
consecuente y fino está,
mas si el pez se engaña y pica,
pesca y luégo se nos va.

Le digo al clavel, etc., etc.

CORO. Le digo al clavel, etc., etc.

HABLADO

CEFIRO. Jugando alegre con unas brisas
que me enamoran, tu voz oí; (Al Rey.)
cesan al punto juegos y risas
y aquí me tienes, dispon de mí,

REY. Y mis encargos?

CEFIRO. Ví al consejero.

REY. Mas los restantes?

CEFIRO. Hechos están, (Trueno.)

Ya se aproxima mi compañero;
temed las iras del Huracan!

ESCENA V.

DICHOS y HURACAN.

MÚSICA.

Huracan llega furioso. Todos se asustan.

I.

HURACAN. No se extrañen de que aliente

muy quedito el Huracan,
pues si fuerte resoplara
se iban todos á asustar.
Que el soplar de mis pulmones
aunque sea muy sutil,
chimeneas y ventanas
va arrancando de raiz.

Mas veo que siento
deseo escondido
de dar un bufido
con todo el pulmon,
de aquellos que arrastran
ancianos y viejas,
balcones y rejas
en gran confusion.

TODOS.

Ay, no!

HURACAN.

No teman, no, (Sonrie.)

Tranquilicense repito;
soplaré muy requedito
respetando su pavor;
porque en vista de un suceso
para mí de mucho peso,
hoy estoy de buen humor

TODOS. (Muy alegres.)

Tranquilicense repito, etc., etc.!

II.

HURACAN.

Si quisiera de un bufido,
porque sé lo que es soplar,
ahora mismo por los aires
íbais todos á volar.
Que una vez que incomodado
fuertementé estornudé,
en los llanos de la Mancha
mil borregos esquilé.

Mas veo que siento, etc., etc.

CORO.

Mas veo que siento, etc., etc.

HABLADO.

HURACAN. ¿Qué manda el Rey de los vientos?

CEFIRO. (Potente respiracion!)

(Todos se recatan de los alientos de Huracan.)

HURACAN. De alegría, en el pulmon
no me caben los alientos.

REY. Reprímelos. (Huracan deja de soplar)

HURACAN. Lo hice ya;
pues aun soplando despacio,
temí mandar tu palacio
veinte leguas más allá.

CEFIRO. Huracan, la boca-cierra.

REY. Qué causa tu buen humor?

HURACAN. Me han dicho, Rey y señor,
que me envías á la tierra.

REY. Hoy decreto la partida.

HURACAN. Y hoy serás obedecido.

La tierra! De un resoplido
la voy á dejar barrida!
Oh! y estaré en mi elemento!

CEFIRO. Y por qué? Voto á mi nombre!

HURACAN. Con eso que llaman hombre
tengo un gran resentimiento!

Hombres! Con miedo cervical
cuando por la tierra giro,
busca con ansia un retiro
do esconderse cada cual;
sin reparar que me abraso
de rubor, esos bribones
cierran puertas y balcones
por no saludar mi paso.
Me irrito con el desaire,
silbo feroz é iracundo,
y en miedo envolviendo al mundo
y arremolinando el aire,
pagan mi potente saña

hija de aquella pavura,
las mieses de la llanura,
los pinos de la montaña,
la gótica catedral
de cimientos mal seguros,
ó los seculares muros
de algun castillo feudal;
y es claro, al hablar de mí
los mortales, me difaman;
y unos entes que se llaman

(Con fuerza progresiva. Óyese silbar el viento.)

poetas ó cosa así,
han dado ha tiempo en la flor,
—haciendo unánime unísono—
de adjetivarme de horrisono,

(Segun aumenta el acento de Huracan crece el viento.)

sañudo, devastador,
y hace gala de mordirme
en sus versos cada cual,
y me ponen de animal
que no hay por donde cogermé,
cuando con charla importuna
los que mis miras no afrontan,
á otros aires los remontan
á los cuernos de la luna.
Señor, si desde tu silla
mis bufidos no sujetas,
de esa raza de poetas
voy á aventar la semilla.

REY. Reprimete! (Deja de oírse el viento.)

CEFIRO. (Pues ya escampa!)

HURACAN. Sí; respiraré despacio,
porque si no á tu palacio
se lo va á llevar la trampa.

CEFIRO. Yo halagos debo á su pluma.

HURACAN. Pues eso me encoteriza! (Furioso.)

(Los dos versos que siguen con grotesca dulzura.)

Siempre es Céfiro quien riza
del lago la blanca espuma...
y yo, según los falsarios
afirman en sus endechas,
soy un destroza-cosechas
y un derriba-campanarios.

(Los cuatro versos siguientes con grotesca dulzura.)

Si el broche entreabre de noche
alguna cándida flor,
es Céfiro volador

quien se aposenta en el broche.

Yo encontraré fácil modo
de ahogar á tanto belitre.

Y tienen en su pupitre
huracanes para todo.

Si muere jóven celosa
por amorosos desvelos,
el *huracan* de los celos
es el que le abre la losa.

Yo soy quien los corazones
arrastra á los precipicios
porque hay *huracan* de vicios (Rabia creciente.)

y *huracan* de las pasiones,

y *huracan* de la pelea,

y hasta *huracan* de la envidia,

y tanto se me fastidia

y tanto se *huracanea*,

que ni un hombre dejo á salvo
en la tierra condenada.

¡Va á quedar más despoblada
que la mollera de un calvo! (Bufa.)

REY.

HURACAN.

Calla! (Cesa el viento.)

Sí, que sin pensar

está mi cólera justa

á tu majestad augusta

la puede pulverizar.

Vuestros mandatos seguid. (Todos se tranquilizan.)

CEFIRO. (Bien es que su aliento acorte!)
REY. Dignatarios de mi córte
atentamente me oid.
Es ley fundamental de mis Estados
—y sábia prevision la ley encierra—
que las hijas del genio de los vientos
á la edad que hoy alcanza mi Azulina,
permanezcan un año allá en la tierra.
Contempla el hombre su beldad divina,
su tesoro de gracias ideales,
su sin par hermosura,
frenético la adora;
y si la hija del aire fuerte y pura
del pérfido mortal no se enamora;
si escapa de sus lazos seductores,
la vaporosa ninfa del espacio
vuelve, reina inmortal á su palacio,
la corona á ceñir de sus mayores.
Si en red de seducccion gime prendida,
despojada de púrpura y de cetro,
sujeta y reducida
á la vida mortal queda su vida.
Por la escabrosa senda de aquel mundo,
¡ay de tu bien, princesa, si resbalas!
Y vosotros, Mentores, si olvidando
vuestra augusta mision, terrenas galas
á amores mundanales
van vuestro pecho débil sobornando,
os perdereis con ella...

HURACAN.

(Adios mis alas!

Ya me veo en el mundo pelechando.)
Y cuándo partiremos?

REY.

Ahora mismo.

Mas ántes de partir un don precioso
quiero darte, Azulina,
que te ayude á vencer sobre la tierra.
Un don?

AZULINA.

REY. Cuyo valor se ignora,
y que del bien ó el mal será tu norte.
Acompañadme vos, Reina y señora.
Su razon alumbrad. (Á Céfiro y Huracan.)
Siga mi córte.

(Váse la córte siguiendo al Rey.)

Cesen vuestros lamentos doloridos, (Á la Reina.)
que inmortal á los aires vendrá un dia.

GEFIRO. En mi ingenio fiad.

HURACAN. Y en mis bufidos.

AZULINA. No tardes en volver. (Á su madre.)

REINA. Pobre hija mía!

ESCENA VI.

AZULINA, HURACAN y CÉFIRO.

HURACAN. La tierra! Voto á mi nombre!

AZULINA. Qué, nuestro reino prefieres?

CEFIRO. Lo que hay es... unas mujeres!..

AZULINA. Bien, pero hablemos del hombre.

Lo prefiero...

HURACAN. Es natural...

Gallardas mozas, lo digo!

Y eso que lo que es conmigo

se portan bastante mal.

CEFIRO. Mal contigo?

HURACAN. Mucho, vaya!

En soplando como ves... (Sopla.)

ya las tienes en los piés

sujetándose la saya.

Como arrecie el vientecillo,

la que huye ménos de mí,

no enseña ni tanto así

por encima del tobillo.

Que me dijeran, no quiero,

esas que hilan tan delgado,

que parece que han robado

las canillas á un jilguero,
que tomaran precauciones
esas hembras consumidas,
esas que están sostenidas
por un par de macarrones,
no me pusiera feroz:
mas que echen tambien el gancho
las que las tienen del ancho
de un pernil de Badajoz,
de quicio el viento me saca
causándome grande enojo.
¡Ni una racioncita de ojo
permite la más bellaca,
por más que bufando pida,
lo cual mi furor encona!
Por eso á la inocentona
que cojo desprevenida...
Buf!! y aunque pugne la perra,
no evita una exhibicion.
Es mi única diversion (Otro tono.)
cuando paso por la tierra!

(Aparecen el Rey, la Reina y los cortesanos. El Rey trae un estuche de oro.)

AZULINA. Pues la venganza no es parca.
HURACAN. Con ella quedo contento.
Pero silencio un momento
que se aproxima el monarca.

ESCENA VII.

DICHOS el REY, la REINA y la CORTE.

REINA. Llegó el trance fatal! Duros instantes!
(El Rey saca del estuche una estrella de diamantes.)
REY. Hé aquí el don que te ofrece mi cariño;
la riquísima estrella de diamantes
que en la frente te ciño, (La ciñe.)
un talisman encierra

que grande y prepotente,
tu valor vigorice allá en la tierra.
El uso del poder extraordinario
de esa joya se encierra en tres palabras,
símbolo de victoria.

No me atrevo á fiarte el amuleto.
Cortesano leal, fiel secretario,
tú serás, Huracan, depositario
del mágico secreto (Le da un pliego.)
que en la tierra os dará palmas de gloria.

HURACAN. Junto á mi corazon siempre sujeto
jamás se apartará de mi memoria.

REY. No reveles jamás esas palabras.
El secreto no debe descubrirlo
jamás el hombre.

HURACAN. Bueno.

Yo soy un tuno que me aguanto el mirlo.

REY. Prepárate á partir, hija del aire. (Sonrie Azulina.)

REINA. Me mata la alegría;
á impulsos de recónditos latidos,
en angustia cruel se enciende mi alma.

AZULINA. No lloro, porque espero, madre mia,
que de mi triunfo os subiré la palma.

REINA. Y así se me arrebata el dulce encanto?
REY. Partid.

AZULINA.

Cese tu llanto.

Al cielo pide para mí venturas
y á mi padre y señor no des enojos,
que en breve á serenar tus amarguras
y á recoger el llanto de tus ojos,
hija del aire yo, leve portento
que los genios impulsan voladores,
como la garza real, nave en el viento
tendiendo al sol mis plumas de colores,
volveré á la region del firmamento,
donde me esperan, madre, tus amores.
Tu pena se mitigue;

victoriosa vendré de tierra extraña.
REINA. Mi bendición te sigue.
REY. Y la del Rey tu padre te acompaña.

MÚSICA.

BAILE.

Aparecen las bailarinas vestidas de mariposas. Traen chales.

AZULINA. Hacia la tierra el vuelo
voy á tender.
TODOS. Que te conceda el cielo
dicha y placer.
AZULINA. Veré, planeta hermoso,
tus prados y tus flores,
tus galas, tus amores
y al hombre seductor.
No temas que Azulina,
ni tú lograrlo puedes,
que presa de tus redes
sucumba al niño amor.
HURACAN y CEFIRO. Dios lo quiera, (Empieza el balleté.
que si no
desplumado
quedo yo.
Mas tus pasos
cuidaré,
y mis alas
guardaré.
—
TODOS. Verá, planeta hermoso, etc., etc.
(Cuadro final. Las bailarinas con sus chales forman un arco,
en cuyo centro queda Azulina.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Interior de la estancia más alta de la Torre gótica. Una ventana colocada á bastante altura y cerrada con vidrios de colores. Algunos trofeos de caza de poca riqueza, pero no de mal gusto, adornan el muro. Una mesita, un armario, alacena, una cama, una arquilla pequeña y sillas. Todo de la época de Carlos V. La apariencia general de la estancia, así como la del mueblaje, pobre y ruinosa. Una puerta á derecha y otra á izquierda, primer término. Por derecha é izquierda entiéndase la del actor.

ESCENA PRIMERA.

EL CORO va entrando á la escena poco á poco; LUCILA y BERNARDO.

MÚSICA.

Coro.

Mucho cuidado,
quedo pisad.
Ved que los duendes
pueden llegar.
Y la conseja
dice que es hoy
día terrible
de aparición.

(Forman grupos con cierto temor.)

I.

Sucede en la noche de trece de junio
que silba terrible furioso huracan.
Y véñse en los aires de formas extrañas
horribles figuras que vienen y van.
Retumban los truenos, se encienden los rayos,
llenando el espacio de espanto y pavor,
y duendes á miles entrando en la torre,
por fin malefician al buen labrador. (Con espanto.)

Ay! Ay!

escuchar creí

porque el miedo la mente me enciende
la espantosa llegada del duende

que viene por mí.

Ay! Ay!

que no venga, no,

que de miedo si el rostro me araña

y en baños de azufre me baña

me muero yo.

II.

Al niño de Juana la corregidora
en junio pasado y en trece tambien,
los duendes malditos sacaron los ojos
su tierna cabeza cortando á cercen.
Y Pepa y Mauricia y Antonia y Tomas
con Juan y Matías y Lucio y Anton,
montados en palos de negras escobas
se fueron volando por esa region.

Ay! Ay!

escuchar creí, etc., etc.

HABLADO.

LUCILA. Acércate, Bernardo.

BERN." Á qué viene ese temor?

LUCILA. Qué ruido es ese? (Mirando á la ventana.)

- BERN. El viento que arrecia. La noche será tempestuosa. Como estamos á trece de junio y...
- LUCILA. Ay! (Salta.)
- BERN. Ay! Qué es eso? (Id.)
- LUCILA. Por qué saltas?
- BERN. Porque he vislo que saltabas tú. En siendo trece de junio, siempre acontece algo malo en esta torre.
- LUCILA. No alcanzo cómo Isidoro duerme en ella.
- BERN. Isidoro es otra cosa. Quien dice Isidoro, dice ánimo y serenidad; y el duende que viniera á turbarle el sueño, de un arcabuzazo... no se holgaría con la burla!
- ISIDORO. No por Dios! (Entrando.)
- BERN. y LUCILA. Ay! (Retroceden espantados. Váse el Coro por diferentes puntos.)

ESCENA II.

DICHOS é ISIDORO, que ha entrado por la derecha. Empieza á quitarse los arreos de caza.

- ISIDORO. Imbéciles! Sin duda me han tomado por el duende! Espíritus ruines!
- LUCILA. Nos has asustado! Como siempre subes por la otra escalera...
- ISIDORO. He visto tanta gente en el portalon...
- LUCILA. Toda la de la comarca, que viene á tu boda.
- ISIDORO. Mi boda!

ESCENA III.

DICHOS, MARTA.

- MARTA. (Llega cansada, y en una cestita trae la cena de Isidoro.) Ya estoy aquí, hijo mio; y qué cansada vengo!
- ISIDORO. Y sin poder alentar! No os he vedado andar de prisa. Tomad asiento. (La pone silla.)
- MARTA. Idos abajo. (Vánse Lucila y Bernardo.) Bien he aprovechado el día. Tres bodas he concertado para el domingo! Buenas tres jicaras de chocolate le esperan al señor cura!

- ISIDORO. Y qué sacais, madre mia, con trasegar de ese modo? Cargar con el sambenito de casamentera.
- MARTA. Qué saco? Servir á Dios, porque has de saber que tengo muy buena mano para los matrimonios. Mira Periquete! Desde que lo he casado, conejilla tiene que desembucha doce gazapillos de una sentada, y casi todas las gallinas le ponen huevos de dos yemas. Qué te parece?
- ISIDORO. Que lo de la conejilla es un mal ejemplo para la mujer de Periquete.
- MARTA. Donosa ocurrencia! Huélgome de tu buen humor, porque he de hacerte saber una noticia...
- ISIDORO. Cuál?
- MARTA. Te casas!
- ISIDORO. (Asombrado.) Yo... Señora madre!
- MARTA. Mira, Isidoro, no me des un disgusto. Tú me has dado autorizac'ón de casarte cuándo y cómo me viniere en gana. Bien, que eso es lo que tú quieres; matarme á pesadumbres para hacer despues tu voluntad.
- ISIDORO. Madre mia, por Dios, no seais tan mal pensada.
- MARTA. Tú das motivo para ello. Y me moriré, vaya si me moriré!
- ISIDORO. No, madre mia, no! Casadme en buen hora. Vuestro gusto es lo primero.
- MARTA. Lo ves? Si lo estás deseando. Te he buscado una novia como unas perlas. Pero desde esta noche vida nueva. Hoy ya no dormirás en la torre. Estamos á trece de junio y no quiero que te malogres en la noche de tu boda.
- ISIDORO. Qué, me caso esta noche?
- MARTA. Sí, ya está abajo la novia. No has visto todo el acompañamiento?
- ISIDORO. Para huir de él he subido por la escalera secreta. Y quién es mi novia? porque yo no lo sé todavía, señora madre.
- MARTA. Tu prima Rosa, la hija de tu tio Matías. Quién ha de ser?

ISIDORO. Pero si no la conozco ni ella á mí! Nos vimos apenas en la niñez; pasé en Italia mi juventud, torné á España á hacer la guerra y há tres días que volví al hogar, en el que Rosa no vive. Ya veis que no he tenido tiempo de conocerla.

MARTA. Oh! Ya os conoceréis... y mucho! Digo, pues más conocidos que marido y mujer...

ISIDORO. Sin tratarnos, sin poder estimar nuestras inclinaciones...

MARTA. Mejor. Así no conoceréis vuestros defectos hasta despues de casados. Rosa es una buena muchacha en toda la extension de la palabra. En fin, no me repliques. Tú me has autorizado á casarte y yo lo he dispuesto para esta noche. Y qué joyas le ha comprado Matías! Segura estoy de que con las que esta noche, para venir á verte, se pondrá en el cuello, en la cabeza y en los dedos, basta y sobra para labrar una iglesia. Y como se pone unos trajes tan nunca imaginados, que parece persona sobrenatural, porque eso sí, no habrás visto otra mujer vestida como ella. Es una diosa! Y luégo se peina tan bien! Ah picaruelo! Parece que te ries, eh? Tú haces lo que los médicos: «no quiero, no quiero» y... (Haciendo como que toma dinero.) Antes de dos días se le caerá la baba mirando á su esposa, y despues á mí, cuando empiecen á gatear los gazapillos y... ay! bendito seas, que eres más hermoso que las flores de mayo.

ISIDORO. Así y todo, no quisiera casarme tan pronto.

MARTA. Isidoro, Isidoro, lo ves? Si eres un picaronazo sin ley ni temor de Dios.

ISIDORO. Eso no, señora madre. En lo alto de la torre, donde merced á las políticas revueltas oculto mi nombre y mi cuna, poco á poco se ha apoderado de mi alma la indiferencia. Antes que mi gusto es el vuestro. Ese casamiento, bueno ó malo, vos me lo imponéis, y la obligacion de un buen hijo es obedecer á su madre. (Váase.)

MARTA. Sermonea, sermonea. No quiere casarse y se va á buscar la novia.

MATIAS. Marta? (Dentro.)
MARTA. Este es Matias. Eso es que sube. Rosa vendrá con él.
Rosa?

ESCENA IV.

MARTA, ROSA y MATIAS, saliendo.

ROSA. Señora tia, está Isidoro?
MARTA. Acaba de salir.
ROSA. Caramba! Esto es jugar á la gallina ciega.
MATIAS. Á eso jugaban conmigo las mozelas cuando yo era mozo. Oid lo que era yo en aquellos tiempos.
MARTA. Qué vejancon!

MÚSICA.

I.

MATIAS. Yo fuí cuando mocito,
yo fuí un clavel
más dulce y esquisito
que blanca miel.
LAS DOS. Mas dulce y esquisito
que blanca miel.
MATIAS. Con intencion de bodas
y mucha sal,
las hembras iban todas
tras el panal. (Alusion á sí mismo.)
LAS DOS. Las hembras iban todas
tras el panal.
MATIAS. Y la Aldonza, la Tomasa,
la Luscinda, Inés y Blasa,
Mari-Perez, Mari-Pomes,
Mari-Diaz, Mari-Gomez,
al mirarme andar así, (Contoneándose.)
daban celos á Bernardo,
á Lorenzo y á Lutgardo

y á Andresillo y Tomasillo,
Periquete y Periquillo
despreciados ya por mí.

LOS TRES.

Seductor
cual amor,
coquetuelo
mariposo.
Por infiel
del doncel
iban todas
tras la miel.

—
II.

MATIAS.

Aun tengo dos anzuelos
en el mirar,
y pueden mis ojuelos
hacer penar.

LAS DOS.

Y pueden sus ojuelos
hacer penar.

MATIAS.

Yo tengo las dulzuras
del alajú,
y tengo travesuras
de Belcebú.

LAS DOS.

Abuela solamente
no tienes tú.

—
MATIAS.

Y la Aldonza, la Tomasa, etc.

—
HABLADO.

ROSA. Dejaos de tonterías, que lo que yo quiero es ver á Isidoro.

MARTA. Voy á buscarle (Váase.)

—
ESCENA V.

ROSA y MATIAS.

ROSA. Estoy bien ataviada, señor padre?

- MATIAS. Como la dama más principal. Buenos dineros me cuesta!
- ROSA. Qué deseo tengo de conocer á mi novio!
- MATIAS. Ya poco has de tardar en satisfacerlo. Paréceme que cruje aquella vidriera.
- ROSA. Teneis miedo?
- MATIAS. Miedo, no. Pero á trece, y la tarde al caer, y el viento tempestuoso y en esta torre...
- ROSA. Serenad el ánimo.
- MATIAS. Dénme pelear con hombres aunque ellos sean flamencos, pero con fantasmas...
- ROSA. Cuerpo de tal!
- MATIAS. Juras!
- ROSA. Mujer soy yo, y no hay duende ni trasgo que me sobrecoja el espíritu! Oh! Si yo hubiera nacido hombre, ya sería capitan de lanzas! ¡Por qué he nacido mujer?
- MATIAS. Porque no valen intenciones, que si valieran... mozo fueras y gallardo, pues bien sabe Dios que de varón era la mía.
- ROSA. Pero se torció!
- MATIAS. Cómo ha de ser!
- ROSA. Y ahora, con todo el respeto que ha menester para con sus padres una buena hija, os declaro, que si no me decís quién es Isidoro, si no me explicais por qué siendo vos rico y avaro, segun la opinion de la comarca—dicho sea con el más profundo respeto filial—si no me declarais, repito, por qué consentís y aun deseais mi boda con un pobre cazador de oficio, no me caso, no me caso y no me caso.
- MATIAS. Pues Isidoro es rico, muy rico!
- ROSA. Sí?
- MATIAS. Pasa por hijo de Marta, pero no hay tal cosa. Es hijo natural.
- ROSA. Eso ya me lo habeis dicho. La tia Marta es su nodriza.
- MATIAS. Eso es. Creo que su madre fué una hembra!...
- ROSA. Pues qué había de ser?
- MATIAS. Una hembra... Oh! (Exagerando mucho con la accion.) Pero

eso es por parte de madre.

ROSA. Ya!

MATIAS. Todos estamos expuestos á resbalar.

ROSA. Y el padre? Quién es el padre?

MATIAS. En cuanto al padre... si Isidoro ha tenido padre... que yo creo que sí, debe ser lo ménos el adelantado de Andalucía, señor marqués de los Velez.

ROSA. Miren el cazador!

MATIAS. Isidoro ha heredado una gran fortuna... pero el escribano, gran compinche mio, no le pondrá en posesion de eso hasta despues de la boda... (Con intencion.) entiendes? (Accion de dinero.)

ROSA. Y cómo si entiendo! Es mozo gallardo, eh?

MATIAS. Gentil persona! Bravo y diestro tirador! Digo, que cruje la vidriera! (Silba el viento.) Maldito trece de junio. Y oigo hablar!

ROSA. Como que sube la tia Marta; sin duda viene con Isidoro.

MATIAS. Prepárate, hija mia, prepárate. (Ambos se asean.)

ROSA. Ved si se me ha descompuesto el traje.

MATIAS. No; pon unos ojuelos bien picarillos y aquella sonrisa... la graciosa... la de familia. Esta... (Sonrien ambos, cogidos de las manos y frente á la puerta de la derecha.)

ESCENA VI.

DICHOS y MARTA.

MARTA. Qué dia llevo, qué dia!

MATIAS. Saluda. (Ambos saludan al salir Marta.)

ROSA y MATIAS. Querido Isidoro!

MARTA. Á quién saludais, si vengo sola?

ROSA. Dónde queda Isidoro?

MARTA. Buscándote andará, digo yo. Claro! Y con el afan de conocer á su prima no habrá querido sin duda volver á subir á la torre.

ROSA. Ah! Pues bajemos al punto.

MARTA. Estoy que no puedo más! Pero la idea de los cuatro ca-

samientos, cuatro bodas, porque debo advertirte que en ocho días he arreglado cuatro bodas; eso me da resistencia para todo. (Á Matías.) Cuatro bodas nada ménos!

MATÍAS. Ocho reos de una vez! Eso no se ve todos los días.

MARTA. Pasa, hija, y cuenta con arrugarte el vestido. (Entra Rosa.) Y poco he de poder ó he de casarte con una mozueta de quince años. (Á Matías.—Vánse todos por la izquierda.)

ESCENA VII.

AZULINA, despuss HURACAN.

Casi ha oscurecido. Alumbra la escea un momento la luz del relámpago. Silba desatado el viento. Se agitan con violencia los vidrios de la ventana. Al estallar el segundo trueno ábrese la ventana de par en par, y aparece sobre el alféizar Azulina, que de un salto baja á escena.

MUSICA.

AZULINA.

Para ver si me socorre
bajo techo protector,
me guarezco en una torre
treguas dando á mi pavor.
De este modo, cuando asoma
un motivo de temer,
en su alita á la paloma
la cabeza ví esconder.
Mas por qué temer
á la tempestad.
Vuelve á aparecer
con tu majestad. (Fuertes.)
Yo, soberana,
te desafío.
Trueno bravío,

vuelve á sonar.

HABLADO.

AZULINA. Apenas rizo con mi ligera planta la superficie de la tierra, estalla el trueno y los relámpagos visten el mundo con su manto de púrpura. Será un fatal augurio? Ignoro dónde estoy y tengo miedo. (Huracan asoma la cabeza por la ventana, y agarrado al alféizar, forcejea para subir.)

HUR. Azulina? Azulina?

AZULINA. Ah, es Huracan! Sube.

HUR. No tengo alientos para tanto.

AZULINA. Y es ese todo el empuje del Huracan?

HUR. No has oido decir que los vientos pierden su fuerza cuando empieza á llover?

AZULINA. Ah! es verdad. Voy á ayudarte.

HUR. Calla! (Cobrando vigor gana la ventana.)

AZULINA. Qué es?

HUR. Parece que recobro mi vigor.

AZULINA. Porque irá amenguando la lluvia.

HUR. Eso debe ser. Ajá! (Sentado ya en la ventana.) Pues si, eso es, maldita nube! Estoy calado! Qué gotas tan indiscretas me escudriñan el interior! Mira qué alas! Oh! Estoy furioso!

AZULINA. Modérate y trata de secar tus plumas.

HUR. Yo no puedo soplar más que la mitad anterior del individuo. Encargaré á Céfiro de la otra mitad.

AZULINA. Dónde está Céfiro?

HUR. Se habrá refugiado en el pinar. No me habléis de ese bribon, que ya se ha enamorado de una mozuela. Así cumple las órdenes de nuestro monarca agosto.

AZULINA. Mas si ignora dónde nos guarecemos...

HUR. Azulina... Azulina... Este aposento huele á hombre! (Olfateando.)

AZULINA. Sí? pues no huele mal. (Olfateando tambien.)

HUR. Que no? Hija del aire, piensa en nuestras plumas!

AZULINA. Nada temas. Quiero ver al hombre. Quiero luchar con él noblemente, único modo de envanecerme mañana con el triunfo. Sin combate no hay gloria legítima.

HUR. Ni descalabro tampoco.

AZULINA. Qué singular albergue! Vamos á examinarle.

HUR. Vamos.

AZULINA. Qué es esto?

HUR. Una silla. El mueble que oprime el hombre con la parte más chata de su individuo.

AZULINA. Y esto?

HUR. Un arca. Ahí esconde el dinero; no será fácil abrirla.

AZULINA. Si está abierta!

HUR. Entónces no hay un cuarto.

AZULINA. Que no? Así es la verdad, que está vacía. Un libro.

HUR. Pasto del alma. (Le abre al azar y lee con indiferencia.)
Versos!

«Verde alameda frondosa
que burla al sol del estío,
donde murmuran alegres
los gentiles cefirillos.»

Poeta tenemos! Mal año para su casta! (Arroja el libro con soberbia.)

AZULINA. Sigamos examinando la estancia.

HUR. Un arcabuz, pólvora, balas. Cazador es el que aquí vive, ó poco se me alcanza de oficios terrenales.

AZULINA. Cazador! ¿Uno de esos vivientes que se ocupan en dar muerte á las aves?

HUR. Sí.

AZULINA. Ay, vámonos! Tengo miedo.

HUR. Serénate. No sirven tales armas contra pájaros de nuestra categoría.

AZULINA. Qué es esto?

HUR. Una cama. Ahí es donde la humanidad se tiende boca arriba.

AZULINA. No duermen los mortales como nosotros, sobre un lecho de nubes?

HUR. No; pesan demasiado y con los codos las llenarian de

agujeros.

AZULINA. Nubes hay muy densas, y durmiendo tranquilamente...

HUR. No pueden estarse quietos los hombres. El gusano de la conciencia les quita el reposo.. El guarda-comidas del hombre! (Abre el armario.)

AZULINA. Comen los mortales?

HUR. Que si comen? Así! (Toma un plato con frutas, coge un albaricoque y lo muerde.)

AZULINA. Comen? (Con desprecio.)

HUR. Qué vicio tan feo! Y si vieras qué generalizado está. Todos comen.

AZULINA. Vicio es que debiera corregirse.

HUR. Muchas veces lo han intentado los gobernantes dejando sin comer á los gobernados, pero no se aclimata el sistema. Los elegidos para el experimento suelen morirse de hambre.

AZULINA. Cómo se llama eso?

HUR. Esto se llama albaricoque. Es un fruto exquisito. Cuántos he destrozado en flor! (Se lo come.)

AZULINA. Y ahora los destruyes en fruto?

HUR. Como son pequeñitos; pero son muy sabrosos.

AZULINA. Á ver? (Tomando uno para comerlo.)

HUR. Mira, así he dicho. (Repite el juego.)

AZULINA. No digo eso. Á ver si son sabrosos.

HUR. Tú probar frutas de la tierra? Capaz soy de comérmelos todos ántes de dejártelos saborear. (Come muchos de prisa.)

AZULINA. Huracan, estamos perdiendo el tiempo. Sal á la campiña, disipa las nubes y has que brillen en todo su esplendor nuestras vecinas las estrellas. Busca á Céfito y partiremos juntos á recorrer la comarca.

HUR. Un resoplido será bastante á dejar la atmósfera más limpia que un espejo. Vuelvo en seguida. (Váse por la ventana y empieza á silbar el viento.)

AZULINA. Ya le oigo silbar por el espacio. En breve resplandecerá el firmamento con la luz plateada del astro de la noche. Serán tan grandes los peligros que me esperan?

Siento una emocion tan inexplicable! Y qué curiosidad despierta en mí todo esto. (Sube hácia el fondo y examina los objetos.)

ESCENA VIII.

ISIDORO, AZULINA.

ISIDORO. Débil soy, voto á mi nombre!
Por qué no me he de oponer?
AZULINA. Qué ruido! (Se ven.)
ISIDORO. Aquí una mujer!
AZULINA. Este sin duda es un hombre!

MÚSICA.

RECITADO.

AZULINA. (Con mi presencia
palideció.)
ISIDORO. Será un ensueño,
será un vapor
de la cobarde
supersticion?
Sea quien fuese,
mujer ó no,
quemán sus ojos
mi corazon.

AZULINA. Por la region del viento
volar ligera
no vió tu pensamiento
garza altanera?
La que rompió las brumas
y al sol miró,
garza de bellas plumas
esa soy yo.

ISIDORO.

Quémanse con tu aliento
voraz hoguera,
la vida el pensamiento
y el alma entera.
Corriente de tu río
luz que murió,
pecho sin albedrío
ese soy yo. (Á duo lo anterior.)

ISIDORO.

Dime quién eres?

AZULINA.

No os acerqueis.

ISIDORO.

Dime quién eres?

AZULINA.

Pues lo quereis...

Soy el beso
de la aurora,
soy la brisa
bienhechora
que rocío
da á la flor.
Soy el aura
dulce y breve
el suspiro
rico y leve,
mensajero
del amor.

ISIDORO.

No eres beso
de la aurora,
ni la brisa
bienhechora,
que rocío
da á la flor.
No eres aura
dulce y breve,
ni suspiro
rico y leve,
sino el fuego
del amor.

HABLADO.

ISIDORO. Será ilusion lo que ví?
AZULINA. (Lucha su mente dudosa!)
ISIDORO. (Quién será? Sin duda es Rosa,
todo lo comprendo, sí.
Con mi madre concertada
de enamorarme sedienta,
á mis ojos se presenta
bajo la forma de una hada.)
No temor ruin y villano
con tu bizarría enciendes.
En vano, Rosa, pretendes
turbar mi razon, y en vano
torcer tu ingenio procura
certezas que no declinan;
hembras hay que se adivinan
por su fama de hermosura,
y una eres tú, Rosa, sí,
que opinion tienes de hermosa.
Tú eres, Rosa.

AZULINA.

Ne soy Rosa!

ISIDORO.

Sé quien eres. ¡ay de mí!

AZULINA.

No.

ISIDORO.

Tú eres una mujer
que con intento estudiado
en mi torre has penetrado
para hacerme enloquecer.
No te vengues, Rosa mia,
mi razon ahora ya esclava
¡ya un instante no te amaba
porque no te conocía,
porque la luz de tus ojos
hasta hoy no vió por su mal,
ni el encendido coral
que esmalta tus labios rojos.
Porque en rústico placer

mi pensamiento embebido
la influencia nunca ha sentido
de esa divina mujer,
que el poder robando á una hada
apenas aparecida,
nos puede dar una vida
con no más de una mirada;
con una sonrisa el bien,
con un gesto una victoria,
con un suspiro la gloria,
la muerte con un desden:
que roba de halagos llena,
al cruzar por los jardines,
la blancura á los jazmines,
el perfume á la verbena;
y mata si entre el carmin
de dulce boca respira,
y enciende de amor si mira
y hace delirar; y en fin,
porque hijo yo de la sierra,
no creí—aunque lo juraran—
que los ángeles bajaran
á vivir sobre la tierra.

AZULINA. (Impulsos desconocidos
agitan mi sentimiento,
y suena el mortal acento
dulcemente en mis oídos.)
No llegueis...

ISIDORO. Entre nosotros
puede haber impureza?

AZULINA. (Pues este mortal empieza
por donde acaban los otros.)

ISIDORO. Justo es que á un abrazo fiel
mi fortuna se resigne.

AZULINA. No llegueis...

(Intenta abrazarla Isidoro, y en su huida deja caer Azulina
estrella de diamantes de su corona, sin aperebirse de ello.)

corre para huir por la ventana.)

ISIDORO. Torpeza insigne,
que es de valor el joyel!

AZULINA. Lograr mi amor no presumas.

ISIDORO. Verás si á mis ruegos cedes.
Dónde vas?

AZULINA. Sigue si puedes
la rapidez de mis plumas.

ISIDORO. (Horrorizado.)
Detente!

AZULINA. Inútil sería.

ISIDORO. Mas qué haceis?

AZULINA. Lanzarme al viento,
necio mortal! (Desaparece por la ojiva.)

ISIDORO. Qué portentoso
ven mis ojos, madre mía?
Serán de una fiebre antojos.

Es realidad la vision,
ó la forja una ilusion
engañándome los ojos?

(Llama á grandes voces. Se oye ruido de gente que llega.)

Madre? Es Rosa? Qué ha pasado?

No sé. Conocerla ansio.

Madre?

ESCENA IX.

ISIDORO, MARTA, CORO GENERAL.

MARTA. Aquí estoy, hijo mío.
Qué tienes tan azorado?

MUSICA.

CORO. Acudamos, que Isidoro
en peligro debe estar.

MARTA. Qué tienes?

ISIDORO. (Con interés.) Dónde está Rosa?

MARTA. Ahora mismo la verás.
ISIDORO. Ya la he visto y es divina!
MARTA. Te lo dije.
ISIDORO. Dónde está?

ESCENA X.

DICHOS, MATÍAS Y ROSA.

MATÍAS. Hagan paso, caballeros,
que mi niña va á pasar.
Mira tu novia,
mira qué flor! (Presenta á Rosa.)
ISIDORO. Esa no es Rosa.
TODOS. Que no?
ISIDORO. Que no!
No es hija vuestra,
ya lo sé yo.
MATÍAS. No, pues mil gracias
por el favor.
CORO. Le da mil gracias
por el favor.
ISIDORO. Esa beldad divina
que ha poco ví,
esa, cuyo recuerdo
me da el vivir.
Dónde está que no vuelve?

ESCENA XI.

DICHOS, AZULINA, majestuosamente desde la ventana.

AZULINA. Miradme aquí.
TODOS. Ay, ay de mí! (Baja Azulina.)
ISIDORO. Sí, ella es!
TODOS. El duende es!
AZULINA. Á corazón villano
á quien el pecho pasma
quimérica fantasma

no más amedrento.
La vista alzad, cobardes,
y digan con presteza,
¿merece mi belleza
el miedo que causo?
TODOS. Ay señor, qué temblor,
yo no sé qué pensar,
yo fallezco de horror,
(Temblando de miedo.)
yo me voy á rezar.
ISIDORO. Seas quien fueres,
no te apartas ya de mí?

ESCENA XII.

DICHOS, HURACAN.

HURACAN. Morenito, mucho ojo
que estoy aquí.
ISIDORO. Quién sois, decidlo,
decidlo ya.
HURACAN. Soy nada ménos
que el Huracan. (Horror.)
TODOS. Ay!
ISIDORO. Pues á mis manos
vas á morir.
HURACAN. Tus intenciones
hacen reir. (Recitado.)
Á mí no llegues
ser infeliz.
Á mi insultarme?
Herirme á mí?
Ser miserable,
ser baladí,
cuando puede un soplo mio
esos muros destruir.

(Sopla Huracan y cae en pedazos la tapia del foro, dejando ver

un panorama bañado por la luz de la luna. Azulina aparece radiante en el centro del panorama, rodeada de genios del Amor que la hacen presa suya. Con el miedo caen todos de rodillas menos Huracan. Queda á oscuras enteramente la primera parte de la decoracion, para que sea mayor el contraste con la luz del panorama.)

TODOS. Dios de los cielos
ay que terror!

HURACAN. Miro á Azulina
presa de amor!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Decoracion corta de jardin ó bosque.

ESCENA PRIMERA.

HURACAN, ROSA y CORO GENERAL.

MÚSICA

Bailan y beben. Huracan se halla en estado de ligera embriaguez.

CORO GENERAL.

No tengais miedo,
bebed, bebed.
Tomad y viva,
viva el placer.

HURACAN.

Yo no lo gasto.

ROSA.

Voy á probar
si de mi mano
lo despreciará.

CORO.

Él es muy fino
y beberá.

I.

ROSA.

Hay dos cosas solamente

que despiertan el amor,
las mujeres y el buen vino,
conque beba usted, señor.

Que si usted lo prueba
luego sentirá
unas cosquillitas,
pero de verdad.

Si á las hembras quiere
beba usted, señor,
que los vinos buenos
quitan el temor.

II.

HURACAN.

No hace falta esa bebida
para darme á mí calor,
porque estoy al ver tus ojos
como pollo en asador.

Con el par de tragos
que he bebido ya,
siento una alegría...
pero de verdad.

Á las hembras quiero
y á más y mejor,
y los vinos vivan
que me dan valor.

HABLADO.

HUR. Y me gustan mucho las mujeres, y confieso que son
encantadoras, pero *vade retro*... Voy á esconderme en
el fondo de una gruta... Tentacion... aparta... (Váase
corriendo.)

TODAS. Já! já! já!

ESCENA II.

DICHOS, MATÍAS.

MATÍAS. Rosa, hija mía, dónde estás?

ROSA. (Á las Aldeanas.) Seguidle, acosadle, hasta hacerle salir de sus casillas. Duro en él hasta enamorarle. (Váse el Coro.)

MATÍAS. Qué disposiciones! Qué órdenes! Pareces un general en día de batalla!

ROSA. Y yo ganaré la victoria. Ya Céforo me ama con locura... Con desprecios me enamoró el taimado, haciéndome indiferente á Isidoro; con desprecios le he enamorado yo.

MATÍAS. Y Azulina?

ROSA. Ciega por Isidoro y éste ciego por Azulina.

MATÍAS. Funesto ser... ¿Por qué Azulina no abandonará esta comarca?

ROSA. Porque piensa rescatar la joya de diamantes que perdió en el castillo. Debe ser de alto precio, cuando tan gran empeño muestra en rescatarla. Creo que de esa estrella, don del rey del aire, depende la felicidad y hasta la vida de Azulina. Ah! ved á Isidoro que llega!

MATÍAS. Sí, de paso para la gruta del torrente, donde piensa consultar con el sabio mágico para curarse del maleficio.

ROSA. Venid, padre mio... No es conveniente que nos vea... (Vánse.)

ESCENA III.

ISIDORO, despues AZULINA.

ISIDORO. Duermo y la siento llegar!
Despierto y se ha vuelto á ir!
No duermo para dormir,
que duermo para soñar!

Todo y nada á no dudar,
viven para mí en el hada,
pues dura y desapiadada
con su fantástico modo,
para mis penas, lo es todo,
para mis venturas, nada.
Vuelve á mí, aunque tu esquivez
me mate, mujer querida,
que es poco darte una vida
por verte segunda vez.
Huyes porque tu altivez
no te permite mostrarte?
Vuelve que no he de enojarte,
y pues que cierta es mi muerte,
más vale morir de verte
que morir de no mirarte!

MUSICA.

ROMANZA .

ISIDORO.

Caminando á paso lento,
presa de angustia mortal,
alcanza á ver al sediente
la orilla del manantial.
Solo porque á verlo alcanza
ya el beber no es su pasión.
Vale tanto la esperanza
cual la misma posesion!
De sed de amores
me estoy muriendo,
pero mi fuente
yo no la veo.
Ven, Azulina,
ser ideal,
cura mis penas,
cura mi mal.

ESCENA VI.

ISIDORO y AZULINA.

ISIDORO. Ah! Es ella! Mi voz oías,
qué ha movido tu piedad?
Y yo vivo? No es verdad
que matan las alegrías!

(Tratando de convencerse de que es verdad lo que piensa.)

Hada, ninfa ó hechicera,
soplo, nube, esencia ó flor,
condolida de mi amor
tú no quieres que yo muera?
Noble corazón sencillo
vienes á mis ayes fiel?

AZULINA. (Con sequedad.) Yo vengo por el joyel
que he perdido en tu castillo.

ISIDORO. Por el joyel que la esencia
que tú derramas abriga;
único bien que mitiga
los rigores de tu ausencia?
Por esa joya esplendente
que ciego de amor codicio?
Por esa que yo acaricio
porque acarició tu frente? (Con pasión.)
La que ciego amando estoy?
La luz de mi pensamiento?
Esa que impulsa mi aliento,
mi dicha? No te la doy? (Resueltamente.)

AZULINA. (Con ironía.) Bien mi vanidad dispones.

Nunca escuché elogios tales!
Mucho saben los mortales
de desfigurar pasiones!
Una joya tan querida,
que me devuelvas no espero...
La joya vale dinero... (Marcando mucho.)

ISIDORO. Qué dices? Dios de mi vida!
Que tan feo insulto exhale

y no se la restituya!
Yo que la amo porque es suya,
sin pensar en lo que vale! (Amor y pena.)
No es tu intencion la que ultraja,
no mi entendimiento ofuscas;
ardides son que tu buscas
para rescatar la alhaja.
Sé que valgo, sé quien soy,
y lo que tu pecho quiere;
habla, rie, insulta, hiere,
mátame. No te la doy. (Ciego de pasion.)

AZULINA.

Por ella dichas y honores!
¡Cuántos el poder encierra!

ISIDORO.

No hay más dichas en la tierra
para mí, que tus amores.

AZULINA.

Cederás!

ISIDORO.

No he de ceder.

AZULINA.

La joya. (Con altivez.)

ISIDORO.

Elijo morir.

AZULINA.

No hay medio?

ISIDORO.

Puede existir.

Ámame!!

AZULINA.

No puede ser!

ISIDORO.

Si en tu alma no hallo cabida,
si á tí me vedas que llegue,
¿cómo quieres que te entregue
la esperanza de mi vida?

AZULINA.

Tu esperanza?

ISIDORO.

Regalada;
con ella, mis dichas van.
Esa joya es el imán
que te atrae á mi morada.
Por ella, tus esquivaces
y tus orgullos venciste;
por ella, una vez viniste,
por ella, vendrás mil veces.
Y acostumbrándote así

—con pretexto de la estrella—

si al pronto vienes por ella,
más tarde vendrás por mí.

AZULINA.

Yo por tí? Esperanzas locas.

Mi decision me asegura.

ISIDORO.

Has de ser tú por ventura,
más esquivá que las rocas?

Si labra la gota el canto

y en él se fabrica un lecho,

no han de labrar en tu pecho

los raudales de mi llanto?

AZULINA.

No irá tu vuelo cobarde

á donde el mio remonto.

ISIDORO.

Todo eso dirás al pronto.

AZULINA.

Y siempre.

ISIDORO.

Pero más tarde,

si el monte cruzando, ves,

—ó los bordes de los rios—

huellas de los besos míos

en las huellas de tus piés.

Si ves que ante tí se ofrecen

con rosas engalanadas

(Con mucha pasion y como si intentára fascinarla.)

en las que por milloradas

dos lágrimas resplandecen;

la fuente que tú miraste,

la rama que tú meciste,

la piedra que tú cogiste,

la roca en que te sentaste;

por la gratitud herida

piadosa me mirarás,

y en el alma sentirás

emocion desconocida.

No te asustes, ni en el lecho

te desveles hechicera,

es que la gota primera

comienza á labrar tu pecho.

AZULINA.
ISIDORO.

(Qué voz!) (Conmovida.)

Más tarde, al saber
que velo en la noche fría,
y al monte voy cuando el día
comienza á resplandecer;
que entre los árboles giro,
que bosque y pinar adentro
te llamo si no te encuentro
y al encontrarte respiro;
al conocer mi anhelar
cuando á ocultarse va Febo,
que el mundo alumbre de nuevo
para volverte á mirar:
ha de sentir nuevo ardor
tu vírgen alma inocente.
Sabes qué es? Que lentamente
va avanzando la labor.

AZULINA.

(Su voz mi espíritu abisma.
Parece que se acobarde
todo mi valor...)

ISIDORO.

Más tarde
vendrás con afán tú misma
á ver si en el bosque ves,
ó en los bordes de los ríos,
huellas de los besos míos
en las huellas de tus piés.
Si no la ves, con dolor
llorarás llanto desecho;
será que ya está en tu pecho
terminada la labor.
Besar donde te coloques,
beber lo que tú respíres,
amar aquello que mires,
divinizar lo que toques;
llanto verter como un niño
si esquiva el pecho me azotas;
todo esto serán las gotas

conque labre tu cariño.
Y eso tu joya lo alcanza
que á tu amor hará que llegue;
¿cómo quieres que te entregue
mis tesoros de esperanza?
Con ella seguro estoy
de tu pasión bienhechora;
ruega, burla, ríe, llora,
mátame... No te la doy.

AZULINA. (Ofendida y recobrando su altivez.)

¿Cómo cubierto no miro
tu semblante de sonrojos?
Cómo osas alzar los ojos
al espacio en que yo giro?
Ninfa de alas de colores
que en el ambiente navegan,
¿cómo tus ojos no ciegan
al mirar mis resplandores?
Vecina del firmamento,

(Más orgullosa cada vez.)

sílfide soy soberana,
águila que cruza ufana
por los ámbitos del viento,
llevando en sus plumas bellas,
que dora el sol una á una,
la plata que da la luna,
los fuegos de las estrellas.
¿Quién eres tú, ni á qué vienes,

(Isidoro sufre visiblemente.)

pobre cazador mortal, (Desprecio.)
ni qué diádemas real
puedes ceñir á mis sienas?
Te da mi grandeza espanto?

(Isidoro va á hablar.)

Corta en tu boca el acento,
que puede manchar tu aliento
los armiños de mi manto!

ISIDORO. No te amaré! y si te amára,
jamás supieras mi amor,
para que el rojo rubor
no me tiñera la cara. (Váse.)
De mí se muestra ofendida;
ni aun así logra el rescate.
Si hoy no venzo en el combate
mañana pierdo la vida.

MUSICA.

ESCENA IV.

HURACAN y el CORO DE MUJERES.

HURACAN.

Ay de mí!

Ay de mí!

Retozonas y bonitas
me persiguen hasta aquí.

CORO.

Por qué te apartas?

HURACAN.

Yo no lo sé.

CORO.

Por qué, responde?

HURACAN.

Oid por qué.

I.

Si hermosa gata de Angola,
de una piel tan exquisita
como nunca se vió,
dulcemente con su cola
me rozára la carita,
qué sentiría yo?

No me lo digas,
ya lo supongo.

Ay qué fatigas
con el monongo!

Huye, serpiente,
echa á correr,

que ese efecto exactamente

CORO. me produce la mujer.
De gatita blanca de Angola
te podrías librar tal vez;
pero no de mujer española...
Ya verás cómo pica el pez.
Caerás,
ya verás,
picarás,
picarás.

HABLADO

HUR. Basta, basta de mujeres. Me voy á la gruta del torrente á rescatar el talisman de Azulina. (Vónse.)

MUTACION.

LA GRUTA.

ESCENA VII.

ISIDORO, despues HURACAN y CÉFIRO sigilosamente por el foro.

ISIDORO. Llegan Céfiro y Huracan. Me esconderé en esta roca.
(Escóndese.)

HUR. Oíste mi silbido?

CÉFIRO. Sí.

HUR. Nadie. Isidoro no habrá podido llegar aún.

CÉFIRO. Cuál es tu proyecto?

HUR. Tomar el nombre y la apariencia del Mágico.

CÉFIRO. Y te prestará su ropaje?

HUR. Sí, porque le atontaré de un bufido, mira si me lo prestará! Vigila la entrada de esa gruta; aquella, que esa, como desemboca en el torrente, no es accesible á los mortales. Voy á ver si le cojo de espaldas.

CÉFIRO. Respeta su vida.

HUR. Si le mato, no será más que provisionalmente. (Entra por la derecha.)

ESCENA VIII.

CÉFIRO, BRISAS, luego ISIDORO.

CÉFIRO. Quién susurra blandamente?
De su vuelo haciendo alarde,
son las brisas de la tarde
que me acarician la frente.
Va acrecentando el rumor.
De mi rey aguardo un pliego.
Lleguen los secuaces luego
del monarca mi señor. (Como evocacion.)

MÚSICA.

Aparece un esquife de oro en el foro conduciendo brisas é hijas del aire.

BAILE.

Una de ellas entrega un pliego á Céforo. Éste lee el sobre.

CÉFIRO. Del rey del aire y á mí? (Con extrañeza.)
Qué mal mi mente adivina?
Si Azulina? (Empieza á salir Isidoro.)

ISIDORO. (Qué? Azulina?
Quien la nombra?) (Detiéndose; presta oído.)

CÉFIRO. Dice así:
(Armonía mientras lee.)
«Mi joyel de alto valor
»—herencia de soberanos—
»sé que ha caido en las manos
»de un mísero cazador.
»Sé que la busca Huracan
»y que Azulina la llora;
»sé que el cazador ignora
»qué es la joya un talisman.»

ISIDORO. (Ah!) (Muy marcado.)

CÉFIRO. «Mas podrá conocer

»con astucias maliciosas
»las palabras misteriosas
»que realizan su poder...
»y entónces, ¡gloria perdida!
»Triunfad en ese combate.
»Si hoy no lograis el rescate
»mañana perdeis la vida.» (Deja de leer.)
Qué hacer? Callar es mejor.
Temo el furor de Huracan.
Ah!

(Asaltado de una idea, váse por el foro rápidamente, seguido de las brisas.)

HABLADO.

ISIDORO. (Saliendo.) Yo tengo un talisman
de inestimable valor? (Saca la estrella.)
Tú mi dicha puedes ser
si amor en su pecho labras?
Mas... ¿quién sabe las palabras
que realizan tu poder?

ESCENA IX.

ISIDORO, HURACAN, de mago.

HUR. (En la mitad del tozuelo le he plantado el aire. Oh, ya está aquí. Y aquí tengo el licor del mágico. (Ve á Isidoro. Ahuecando la voz.) Seais bien venido.

ISIDORO. El cielo os guarde.

HUR. (Hasta la voz tengo de nigromante.) Sois un cazador llamado Isidoro, que se encuentra poseido de los malos?

ISIDORO. El mal que devora mi corazon no se cura con brujerías.

HUR. Pero se cura con este licor. (Saca un frasco de extraña forma.)

HUR. (Qué sabroso es! Pica un poquillo, pero luégo...) Qué mortal vive libre de tentaciones? Ahora mismo, en este instante, me están dando unas de zamparme todo el

- frasco, que no las puedo contener. (Bebe extraordinariamente.)
- ISIDORO. (Qué lenguaje tan fuera de razón!)
- HUR. Sí, si, devuelve esa alhaja, porque si no la devuelves, es señal de que te quedas con ella, y si te quedas con ella, si te la guardas... (Salida de tono.) Qué bonito pie tiene Rosa, verdad? (Careajada.)
- ISIDORO. Basta ya, falso nigromante. ¿Cómo sabeis que yo tengo esa estrella de diamantes. Decidme quién sois.
- HUR. Cupido. El dios del amor. Tócame las alas. Un pájaro que ya!
- ISIDORO. Cesen las burlas. (No sé qué pensar.)
- HUR. Conque vamos. Dame la estrellita esa. Si á tí no te sirve. Como no sabes las tres palabras, sin las cuales no tiene poder el talisman...
- ISIDORO. (Qué dice este hombre? Oh! si yo encontrara un ardid para que las revelara!)
- HUR. No existen semejantes palabras. (Qué diplomático soy! Qué astuto!)
- ISIDORO. Ah! Conque no existen?
- HUR. Cómo que no existen? Existen y yo las sé.
- ISIDORO. Vos las ignorais...
- HUR. Yo las sé, vaya si las sé! (Le da el pliego.) Léelas, pero léelas de modo que únicamente yo pueda oírte.
- ISIDORO. Posible es que lo entregó? (Lee en voz alta.) «Muere quien ama.» (Trueno espantoso.)
- HUR. Mira si meten poco ruido las palabrejas! (Aparecen seis seres extraños de forma diabólica.)
- ISIDORO. Ya tengo un poder que espanta! Ya no manchará de lodo mi faz la ninfa! Ya todo lo puede pisar mi planta! Tan potente es su virtud?
- HURACAN. Guarda el secreto, galan.
- ISIDORO. Encadenadme á Huracan. (Lo encadenan.)
- HURACAN. Ya empieza su gratitud.
Todo ha sido porque veas
si es cualquiera el palaciego.
Me olvidaba, dame el pliego,

que no quiero que le leas.
(Llévanle por la derecha.)

ESCENA XI.

ISIDORO y á poco AZULINA.

ISIDORO. Grande yo! Bondad divina!
Poderoso! Arde mi frente!
Á la gruta del torrente
venga al momento Azulina!
(Preséntase Azulina.)

AZULINA. Quién mi nombre pronunció?
Qué voz me hiere el oído?
Qué impulso desconocido
me arrastra á la cueva?

ISIDORO. Yo!
que en pos siempre de tu huella
tras de llorar y sufrir,
he conseguido inquirir
que es un talisman tu estrella.
No ves mi inmenso placer?
En mis ojos, no conoces,
que soy dueño de esas voces
que realizan tu poder?
(Espántase Azulina.)

AZULINA. Joyel de tanta valía
la dicha nos asegura!
Tú consigues la ventura,
pero á costa de la mía.

ISIDORO. Te cuesto la dicha?

AZULINA. Sí.

ISIDORO. No es mágica y poderosa?
(Le dice por la joya.)

AZULINA. Mas su virtud prodigiosa
no puede alcanzarme á mí.
De esa joya soberana
por quien mi esperanza late,

si hoy no consigo el rescate
pierdo la vida mañana.

ISIDORO.

Tú morir?

AZULINA.

Del Rey á mano.

ISIDORO.

No es tu padre?

AZULINA.

Es inflexible.

ISIDORO.

Te perdonaré.

AZULINA.

Imposible.

ISIDORO.

Partiremos.

AZULINA.

Será en vano.

ISIDORO.

Sin la joya?

AZULINA.

Soy perdida.

ISIDORO.

Quiéreme.

AZULINA.

Tenaz empeño!

ISIDORO.

Luégo el dejarme?...

AZULINA.

Es mi sueño.

ISIDORO.

Luégo mi muerte?...

AZULINA.

Es mi vida.

ISIDORO.

Serás mia!

AZULINA.

Qué sufrir!

ISIDORO.

Serás reina!

AZULINA.

Qué penar!

ISIDORO.

Tu fé...

AZULINA.

Primero cegar!

ISIDORO.

Tu amor...

AZULINA.

Primero morir!

ISIDORO.

Puedo vengarme.

AZULINA.

Isidoro!

ISIDORO.

Cede, mi bien.

AZULINA.

Yo no cedo!

ISIDORO.

Quiéreme por Dios.

AZULINA.

No puedo.

ISIDORO.

Pues muere!...

AZULINA.

Pues no te adoro!...

(Con bravura y entereza.)

ISIDORO.

Tú morir? La restituyo...

(Arrepentido.)

Que así los celos se exhalen!
Cien vidas mías no valen
un solo suspiro tuyo.
Ten la joya si es tu vida.
Á trueque de tu vivir
muera yo... (Asústase Azulina.)

Dulce es morir
por una mujer querida!
Á dónde vas?

AZULINA.

ISIDORO.

AZULINA.

(Supremo esfuerzo. Trueno espantoso. Pierde Azulina las alas.
Cae de rodillas.)

ISIDORO.

AZULINA.

No temas, ser terrenal
te ampara mi poderio.
Por mi amor, dulce bien mio,
pierdes la vida inmortal.
Mi bien!

Quien te reveló
secreto tan escondido?

ISIDORO. Quién? Huracán.
AZULINA. Él ha sido?
ISIDORO. Libre sea.
AZULINA. Bien guardó
los secretos del Estado.
ISIDORO. Quien se embriaga desatina.

ESCENA XII.

DICHOS, HURACAN, sin alas.

HUR. Qué sucede? Ay Azulina
 que pelona te han dejado!
 Quién ha sido el valenton?
(Hace esfuerzos para poder soplar.)
 Ay, si no puedo soplar!
 No soy capaz de apagar
 ni la luz de un mal velon.
 Se me fué el aire.

AZULINA. Sí?
HUR. Sí.
 Qué soplos tan resutiles!
 Señor, si hasta los candiles
 se van á burlar de mí!
 Voy á subir á mi Estado,
 que esto va mal por lo visto! (Prueba á volar.)
 Pues no vuelo, Jesucristo!
 Soy un ángel desplumado! (Se mira la espalda.)
AZULINA. No te aflijas. Ten piedad! (Á Isidoro.)
HUR. (Hasta el alma se me cierra!)
ISIDORO. Queda á mi cargo en la tierra
 daros la felicidad. (Á Azulina.)
 Á unirte á mí te acomodas?
AZULINA. Con todo mi corazon.
ISIDORO. (Al talisman.) Dame una rica mansion
 para celebrar mis bodas.

MUTACION.

Mansion fantástica.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, MARTA, MATÍAS, ROSA, CÉFIRO, LUCILA, BERNARDO. Todos en ricos trajes de boda. Ninfas y bailarinas. Lujo y espléndidez.

MARTA. Qué es esto?

ISIDORO. Qué rico soy.

Ved el duende. Esta es mi esposa.

(Presenta á Azulina.)

MARTA. Qué duende tan bello! (Abraza á Azulina.)
Y Rosa?

ISIDORO. Á Céforo se la doy.

HUR. (Rabioso.) Y yo soltero. Adelante!

MATIAS. Tengo novia. Gran fortuna!

HUR. Una?

MATIAS. Pues cuántas?

HUR. Con una
no voy á tener bastante,
y eso es ponerme en un brete.

MATIAS. Con una basta á los buenos.

HUR. Una? Cuando yo lo ménos
necesito veintisiete?

AZULINA. (Á Marta.) Ley es del Dios poderoso
seguida por nuestras madres,
que la hija deje á los padres
para seguir al esposo.
Bella es la tierra! Verdad? (Á Huracan.)

HUR. Mozalbilla, el labio cierra;
si quieres ser de la tierra,
pide nacionalidad,
que si algun intolerante
la niega....

AZULINA. Qué harás? Acaba.

(Huracán se dispone en el proscenio á dar un gran buído, pero se abate viéndose sin fuerzas.)

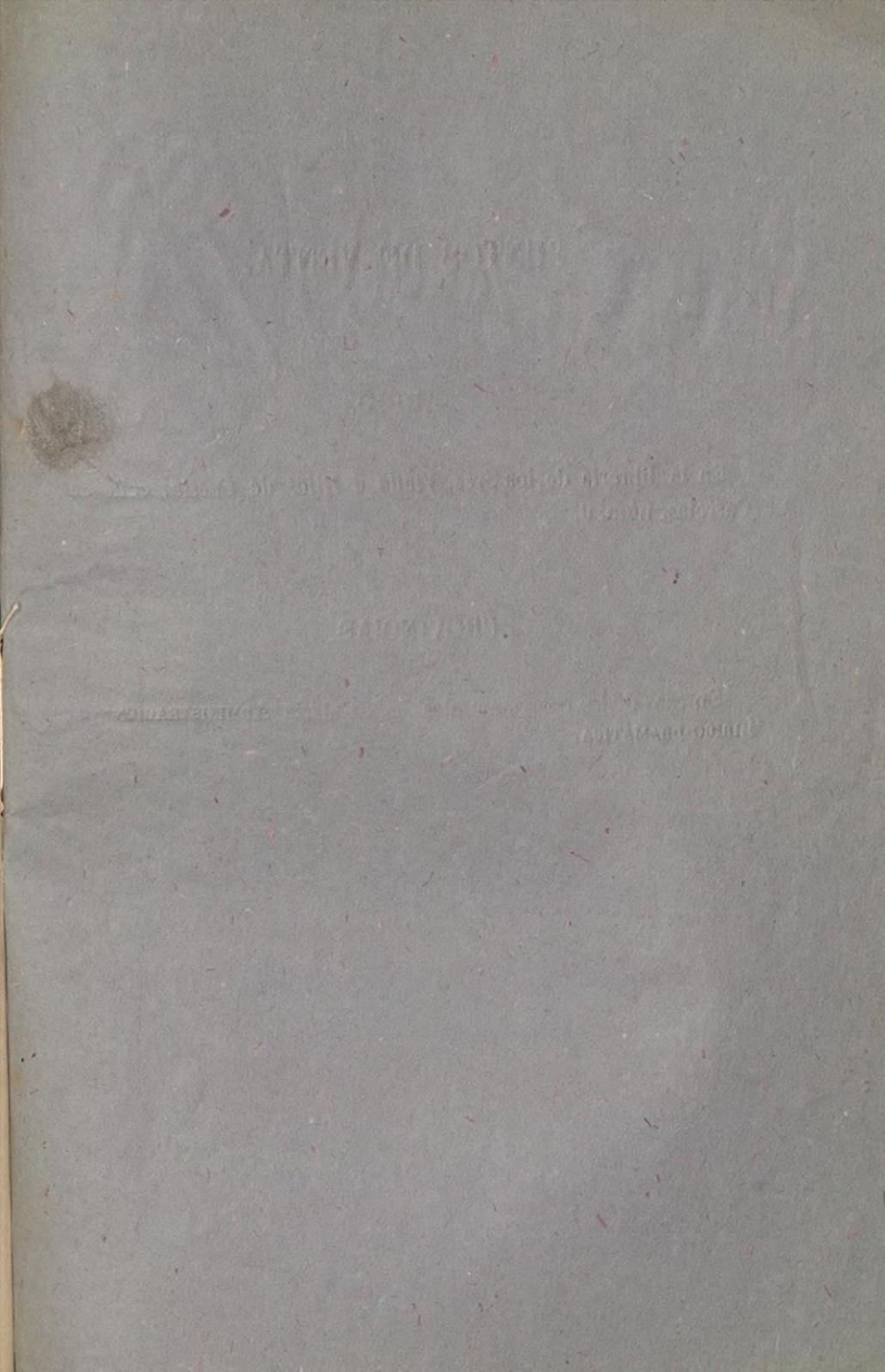
HUR.
Es verdad! no recordaba
que soy un viento cesante.

AZULINA.
(Al público.)
Séres mortales, ya veis
que á pesar de tanto miedo,
gustosa en tierra me quedo
si benignos me acogeis.
Desde hoy mi alegría empieza
y mis venturas colmais,
si con aplauso me dais
carta de naturaleza.

MUSICA.

Todos.
Veré planeta hermoso,
etc., etc.

FIN DE LA ZARZUELA,



PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la Galería ADMINISTRACION LIRICO-DRAMÁTICA.